

RESSENYES

“Como un ensayo en la noche” Decontra, *Espectrografías (Desde Marx y Derrida)*, edición de Cristina de Peretti, Madrid, Trotta, 2003, 196 págs.

La reciente publicación de un nuevo trabajo del Grupo Decontra nos ofrece la oportunidad de atender a una forma de lectura en la que constatar cómo, también en nuestro ámbito académico, la tarea intelectual se conjuga, como dijera Foucault, “en plural”. Este grupo, que, por iniciativa de Cristina de Peretti y amparado en su dedicación, nació hace algo más de una década y desarrolla su actividad en el Departamento de Filosofía de la UNED, ha publicado, como grupo y con independencia de las aportaciones individuales de sus miembros, tres libros: *El lenguaje y las instituciones filosóficas*, en Paidós (1995), una traducción de parte de la obra derridiana *Du droit à la philosophie* (Galilée, 1990), *Marginales. Leyendo a Derrida*, coordinado por Paco Vidarte y editado por la UNED en 2000, y el que ahora aparece, *Espectrografías*, una reflexión plural sobre los *Espectros de Marx*, uno de los libros de Derrida que más amplia acogida ha recibido.

En estos trabajos, las diferencias de “estilo”, por tratarse de obras colectivas y porque la estructura del grupo es cambiante, no se oculta la filiación derridiana, que resulta no sólo muy visible, sino muy operativa; por ello proporcionan, además de materiales imprescindibles para la incorporación de Derrida a nuestro debate filosófico, la objetivación de una específica forma de entender y hacer filosofía. Quizás el signo más patente de ello se encuentre en el hecho de haber iniciado su andadura a partir de la decisión de traducir a un autor para quien “entre la *deconstrucción* y la *experiencia de la traducción* existe una afinidad esencial”¹.

Espectrografías incluye, como “Anexo”, la traducción de dos breves escritos de Derrida que, al explicitar claves básicas, proporcionan el marco en el que las distintas lecturas que componen el libro se sitúan. El primero de ellos, “Marx no es un don nadie”, es una reflexión sobre “quién porta el nombre de Marx, pero también qué porta el nombre de Marx”, esto es, sobre

1. J. Derrida, *No escribo sin luz artificial*, Valladolid, Cuatro ed., 1999, p. 63.

cuál es su “alcance”, su “importancia” y su “descendencia”, mediante la reite-ración de interrogantes que, casi imperceptiblemente, van acogiendo nuevos matices y se desliza hacia la constatación de que “un cierto orden parece hoy llamar y prohibir a la vez el nombre de Marx, es decir, conjurar este nombre, volverlo a la vez inevitable e ilegítimo” (p. 176). Van surgiendo así cuestiones como la legitimidad del heredero, el contratiempo y el duelo, o también la irrupción de presencias espectrales, como forma en la que, en el escenario de un teatro, el nombre de Marx reaparece nuevamente. El discurso recalca y se detiene en “la relación entre teatro y política”, considerando el acto en el que interviene -el texto transcribe la intervención de Derrida, el 15 de marzo de 1997, en el Théâtre des Amandiers de Nanterre, con motivo de la representación del espectáculo *Karl Marx Théâtre inédit*- “testimonio ejemplar” de “re-politización original del teatro” (p. 180), algo que juzga hoy una necesidad. El marco teatral -cuyo carácter político se destaca- se convierte, a su vez, en espacio de análisis para una “descomposición del concepto de espectro” que, bajo el signo de la anacronía propia de la contemporaneidad, aboga por “un arte de lo teatral, el arte de dar la palabra a contratiempo a aquéllos que, en los tiempos que corren, no tienen derecho a la palabra” (p. 187).

“Alguien se adelanta y dice...”, el segundo de los “Anexos”, es el texto de una entrevista que gira en torno a *Espectros de Marx*, una obra de la que su autor dice que “es todo menos una «vuelta a Marx»”, para constituir, por el contrario, “la reafirmación de la herencia” en un “gesto político” marcado por la responsabilidad y el espíritu crítico en la “toma de la palabra” (pp. 190-191). En ella Derrida no percibe “ruptura teórica ni cambio político” respecto a sus anteriores escritos, aunque sí privilegia el tono de la interpelación y los efectos teatrales (p. 192). Los ensayos que componen el volumen responden a este tono incorporándose a la escena, fieles a la “profunda continuidad lógica e incluso temática” que vincula este libro a otros, sensibles al porvenir que el fantasma promete y se concreta en la transformación que el teatro propicia al abrir un “nuevo espacio político” (pp. 194-195).

Se trata, en efecto, de intervenciones muy claramente diferenciadas que atienden a distintos segmentos del texto derridiano y, aunque siguen “el orden lineal de los capítulos de *Espectros de Marx*”, se sitúan en él de manera inequívocamente personal.

El ensayo de Cristina de Peretti acentúa en qué, cómo y porqué el espectro nos concierne; saca a la luz así aspectos nucleares de la obra y de la práctica de la deconstrucción. Las páginas que abordan quiénes son los espectros y qué es “aprender a vivir” con ellos (pp. 33-39) dan razón de su presentación de lo que sería el objetivo del texto: “Se trata de recuperar un cierto espíritu

de Marx no con el fin de que el propio Marx nos desvele su «verdadero espíritu» y nos libere así de toda decisión y de toda responsabilidad frente al pasado, la actualidad o lo por venir, sino con el fin, precisamente, de seleccionar y de afirmar los espíritus de Marx —y, no lo olvidemos, hay más de uno— que a nosotros nos interesan” (p. 43). Constituye de este modo una valiosa introducción a la obra e incentiva su lectura.

El escrito que abre el volumen, un trabajo de José M^a Ripalda a partir de la alusión inicial a Chris Hani, en quien resuena “el gesto de Marx”, tiene un fuerte contenido político y teórico, que combina con el carácter personal de la lectura, puesto que aborda un texto que le ha atrapado “por sorpresa”. La consideración del hecho de que “la consistencia reflexiva de *la* razón es un apoyo engañoso, cuando los espectros se nos infiltran hibridados en el recuerdo que nos constituye” (p. 14) conduce a una apelación a la responsabilidad del filósofo: “Los espectros desfondan el tiempo inquieto, pero también confortable del yo, sacuden la red de sentido establecida en el lenguaje, impiden cerrar en operaciones genéricas una constitución insondable, dispersa. El filósofo se ve abocado a su libertad, es decir, a la responsabilidad en el lenguaje, momento a momento. Ningún sistema guía, ningún colectivo representa” (p. 19); termina, pues, llamando la atención sobre el lugar de la filosofía en “la necesidad de decidir haciendo justicia siempre de nuevo” (p. 26).

E. Velasco ofrece una lectura fiel de la obra, que fija sus coordenadas teóricas, así como C. Meloni introduce explicitaciones filológicas de gran interés. F. Rampérez elabora una aproximación a lo que de “imprescindible e insuficiente” en el marxismo convoca una pluralidad de intervenciones transgresoras, complicando “la herencia y la fidelidad” (p. 85). J. Díaz hace también una lectura política de las “desmesuras” —“desquiciamiento” de un presente en el que “no podemos no ser los herederos” (p. 111). El trabajo conjunto de A. Ruíz de Cárdaba y C. Torralba viene a ser una aplicación, al capítulo IV de *Espectros*, de la estrategia deconstructiva que pone de relieve cómo ésta “amplía horizontes haciendo pedazos los límites conceptuales” (p. 130) y la de J. Santos Guerrero se centra en el capítulo V, que comienza con el anuncio de la “articulación entre el espíritu y el espectro [...] que desencadena la herencia por medio de un juego de intermediarios” (p. 131), al que atiende. J. I. López Bernal obtiene del acercamiento a Freud la figura de un “Marx reprimido, clandestino, oculto”, que, sin embargo, “llega para poner en cuestión la propiedad del espacio que habitamos” (p. 167).

Son intervenciones, todas ellas, que, en la medida en que se atienen a la inicial indicación derridiana: “Prohibido el reposo a cualquier forma de buena

conciencia”², constituyen una aportación a la permanente apertura del contexto de la deconstrucción a una “política de la memoria, de la herencia y de las generaciones”³, a través de una “práctica” de lectura que desplaza y disloca la energía que la escritura libera. Al hacerse cargo, en su condición de receptores que se forman en esta práctica, del “exceso que provoca un discurso hasta el infinito”⁴, ejemplifican cómo esta lectura, atravesando las marcas o significantes, accede a la experiencia deconstructiva: el sentido es inaccesible, pero el texto no carece de efectos políticos, porque “la palabra es pública, y todas las transformaciones políticas pasan por la palabra”⁵.

Carmen Revilla
Universitat de Barcelona

2. J. Derrida, *Espectros de Marx*, tr. de J. M. Alarcón y C. de Peretti, Madrid, Trotta, 1995, p. 9.

3. *Ibid.*, p. 12.

4. J. Derrida, *No escribo sin luz artificial*, ed. cit., p. 162.

5. *Ibid.*, p. 102.

Zurro, María del Rosario: “Sartre: ¿pensar contra sí mismo?”. Introducción de G. Seel. Universidad de Valladolid. 2002.

La producción editorial de tipo filosófica se ha desbordado últimamente en nuestro país. Aparecen por doquier, obras eruditas, estudios sistemáticos, de investigación, y otros que se encuentran a caballo entre la retórica, la poesía, la crítica del arte y la filosofía tal como se la entendía tradicionalmente. Por ello, podría parecer que un escrito más, de carácter monográfico sobre un autor que parece estar fuera de los dictados de la moda, poca importancia podría tener, además de correr el peligro de que podría pasar totalmente inadvertido. Sin embargo en este caso nos encontramos en una situación distinta. Aunque el libro de la profesora Zurro parezca presentarse como un trabajo académico, curiosamente centrado y versando sobre un autor que, como J.P.Sartre, siempre huyó del ámbito de la Academia para ser un radical pensador mundano, no es previsible que vaya a pasar desapercibido, y mucho menos que tenga que moverse casi anónimamente por el teatro de la discusión filosófica, cuando, por el contrario, es un escrito que aporta una tesis rotundamente eficaz para el lector culto que se quiera acercar a los grandes planteamientos de la filosofía del siglo XX, y que tampoco deba descuidarse por parte del especialista que en las aulas universitarias plantea los grandes problemas de las corrientes actuales de la filosofía.

Realmente, en este caso nos hallamos, casi inesperadamente, ante algo que merece la pena. El tema, su organización, su tratamiento y sus conclusiones son notoriamente relevantes y singulares, por varios motivos, tal como la propia autora viene a reconocer en las páginas de su obra. En primer lugar, si el pensamiento de este gran pensador de los últimos tiempos ha pasado por incesantes altibajos, y ha sido ya ensalzado ya minusvalorado, parece que ha llegado el momento de leerle sin pasión y sin odio, aunque no por ello, sin concederle la importancia que realmente tiene, ya que, según creemos, no ha pasado a arrinconarse en el herbolario de las hojas desecadas. En segundo lugar, rehabilitar en estos momentos en los que domina el pensamiento débil y los planteamientos postmetafísicos, y seguir rastreando en los surcos y en el significado de un planteamiento dialéctico al que el propio autor somete a una radical crítica, podría parecer un exabrupto a una filosofía que quiere dejar de jugar el papel especular, para convertirse en centro ocioso de discusión diletante. No obstante, tampoco esto nos parece justo, porque los problemas filosóficos siguen siendo como las “umbrae silentes” de las que en su día hablara Zubiri, y que anidando en el fondo endotímico de nuestras almas, vitalizan todo nuestro esfuerzo intelectual, y que aunque esos problemas no

vayan a encontrar su última palabra, sin embargo no por ello dejan de tener su significación y vigencia. Finalmente, por otro lado, hay que entender que este trabajo viene a constituirse como un eslabón más que continúa una de las líneas de estudio e investigación filosóficas sobre un autor cuya importancia, sea o no, la del “último de los grandes filósofos”, ya nadie discute. En efecto. La autora de este trabajo “sartreano” bebe en las fuentes de grandes estudiosos del tema, como, en primer lugar, de K. Hartmann, autor de “*Grundzüge der Ontologie Sartres...*” y de “*Sartres Sozialphilosophie*”, y profundiza además en ciertos presentimientos y premoniciones insinuados por G. Seel, autor, por su parte, del escrito “*La dialectique de Sartre*”, y que además es el autor que prologa, avalando, el trabajo de la profesora M. R. Zurro. Pero, con todo, siendo todo esto especialmente digno de ser tenido en cuenta, no es, sin embargo, lo único, puesto que internamente considerado el discurso que se desarrolla no es ajeno a ciertos planteamientos acerca de las grandes cuestiones que configuran el caldo de cultivo de los problemas y orientaciones actuales de la filosofía. Y, en efecto, para poder llevar a cabo la investigación, su autora, ha tenido que reparar nuevamente en las fuentes en las que debió beber el propio Sartre, impregnando su pensamiento con su peculiar aire. Nos referimos a la noción hegeliana acerca de la dialéctica, al problema dilemático entre materialismo-idealismo, a la noción de intencionalidad, y tantas otras cuestiones que van surcando cada una de las páginas de este magnífico trabajo, al que hoy dirigimos nuestra atención.

Aunque rigurosamente hablando, el prólogo de G. Seel no forma parte de la investigación de M.R.Zurro, sin embargo no resultaría justo pasarla por alto, por cuanto en él se nos dan algunas claves que permitirán entender el sentido, la orientación y el objetivo de la investigación, dándose el caso de que ese autor fue el animador constante para que una investigación tan puntera pudiera llegar a feliz puerto. De esta manera, en el comienzo del libro se nos advierte ya que no es posible que, a pesar de las opiniones de A.. Renaut, nos encontremos en el caso de J.P.Sartre con el “último filósofo”, lo que, hasta cierto punto podría no parecer desacertado.

Tener que reconocer que a partir de Nietzsche, hasta nuestros días, “los filósofos se han rebajado a la categoría de videntes”, con lo que en rigor, habría que concluir que ni siquiera el puesto de último le debe corresponder al existencialista, ya que, cuando menos, según lo entiende dicho estudioso, el calificativo de “grande” solo queda en manos de aquellos que habrían conseguido proponer exitosamente un auténtico humanismo universalista, mientras que, en este caso, la teoría general sartreana, se perdería en “individualismo que amenaza con desembocar en el solipsismo y en el anarquismo”. Sin embargo, a pesar de que Renaut, concluya calificando al francés como “perro

muerto", tal tipo de apelativos resultan muy inadecuados, si seguimos la opinión de Seel, y que son, por otro lado, las que vienen, en líneas generales, a animar desde su trasfondo el planteamiento del trabajo en cuestión.

En efecto, si hemos de ser rigurosos y defensores de la verdad, habría, al menos tres razones que permiten optar por una calificación distinta, ya que, en primer lugar J.P.Sartre pudo dar respuesta una vez más y de forma contundente a los grandes interrogantes filosóficos que ya había venido proponiendo la gran filosofía de la modernidad. Entre ellos, destacaría, efectivamente, la cuestión del sujeto, que aun hoy día sigue mereciendo la atención de la discusión filosófica, al plantear la cuestión del individuo humano como "núcleo de responsabilidad", como "identidad personal" o de cualquier otra manera. Este tema, en manos de Sartre se montaría en tres escalones o momentos, el del individuo, el de la sociedad y el de la historia, y en los tres, el autor procedería con toda radicalidad a rechazar cualquier reduccionismo naturalista que en definitiva no hace otra cosa que poner en cuestión la posibilidad de la libertad. Si el hombre está "condenado a ser libre", el sujeto no puede ser un puro objeto, una cosa en sí. Tampoco es posible aceptar sin más la posibilidad de cosificación que viene impuesta por el poder externo. Por eso hay que oponerse también al naturalismo sociológico. Y, finalmente, en consonancia con ciertos postulados marxistas, pero yendo mucho más allá, es preciso concebir a la historia como historia de la emancipación. Y en este sentido es especialmente relevante, referirse, tal como también hará la autora del libro, a la idea de que el hombre no es enemigo del hombre, al estilo de Hobbes, por su propia naturaleza, sino porque la historia de la humanidad es la historia de la escasez, una historia en la que nunca se dio una abundancia suficiente para la que todos pudieran sobrevivir. En conclusión, casi armónicamente a como se entenderá también en la Escuela de Frankfurt, es el interés emancipativo el que pone en funcionamiento todo el amplio periplo de la historia de la humanidad. Cada individuo está condenado a la libertad, por ello se constituye en sujeto social mediante un acto revolucionario de liberación, siendo la historia, a este respecto, el proyecto de la lucha por la libertad. Una lucha prometéica que nunca logra terminar, aunque nunca queda interrumpida en el camino.

Por otro lado, es importante volver reflexionar sobre este autor, ya que su pensamiento se desprendió de una vez por todas de las barreras excesivamente acorsetadas del pensamiento académico, dando entrada a distintas formas y estilos de expresión con los que expuso, aunque no siempre con la misma suerte, su más profundo pensamiento. Alguien podría, ante esta situación, dudar del carácter de gran pensador que por derecho propio debe corresponderle. Sin dar más vueltas al tema, hay que reconocer que Sartre es

un adelantado que hizo de la filosofía una forma de vida que arrastró a muchos. Por eso, dentro de este mismo contexto, y como tercer punto, se impone admitir también que este pensador lo fue del compromiso político del que nunca se desprendió, hasta tal punto que no se puede entender unilateralmente al filósofo Sartre, exclusivamente desde la reflexión esterilizada, pero tampoco puede despreciarse su labor reflexiva. Son pocos los que “toman en serio su labor filosófica, sometiéndose a la ardua tarea de analizar su método y su forma de argumentar. El presente libro se incluye entre estos últimos”(Seel, G. Prólogo, p. 13).

Ahora bien, y por entrar ya en la problemática central y fundamental del libro de la profesora Zurro, lo primero que conviene tener presente es que se trata de un trabajo que se hace básicamente desde la perspectiva de tres obras con las que indiscutiblemente hay que contar para considerar la cuestión de la dialéctica en Sartre. No se puede comenzar, aunque parezca extraño, sin contar con “*El ser y la nada*”, y sin antes de pasar a la “*Crítica de la razón dialéctica*”, estudiar a fondo el contenido de “*Materialismo y revolución*” ensayo que data de 1946, sin cuyo análisis todo el intento y finalidad de la investigación quedaría truncado. Tal como afirma el prologuista nos encontramos realmente en el primer caso en que se toma en serio esta obra en su dimensión filosófica, sometiéndolo a un análisis pormenorizado (*Ibid*).. Propiamente, se trata de dilucidar como Sartre, mediante su crítica a la dialéctica idealista de Hegel y al materialismo marxista, logra elaborar un modelo propio de dialéctica que pueda proporcionar una fundamentación auténtica y efectiva a la “praxis revolucionaria”. En definitiva se trata de buscar un nuevo fundamento “trascendental”, aunque antikantiano, a un nuevo modelo de racionalidad, tal como quedaría expuesto en la “*Crítica de la razón dialéctica*”. El núcleo esencial del problema ya presente en “*Materialismo y revolución*” está en el concepto sartreano de “totalidad destotalizada”, que aparece como nevadura esencial, y que después llegará a cumplir una función capital. Por eso, entre otras cosas, el trabajo que hoy nos ocupa logra llenar un vacío existente y que comprometía la posibilidad de una adecuada interpretación del pensamiento de Sartre al que la autora pretende con éxito encontrar un eficaz hilo de continuidad, antes de fragmentarlo en diversas etapas disyuntas.

Ésta es una cuestión primordial y necesaria a dilucidar en el libro, evitando cortes insalvables tanto en la evolución misma de todos los trabajos, como el que pudiera darse entre su propia vida y la misma reflexión. Es así como M.R. Zurro, ya en la primera parte de su trabajo pretende llevar a cabo una reconstrucción de la génesis del pensamiento del autor, estableciendo las bases teóricas de una interpretación correcta y comprensiva. Igualmente, den-

tro de dicha hermenéutica, cobra capital importancia la segunda parte, destinada a la ya citada obra “*Materialismo y revolución*”, en la que la autora advierte el testimonio más evidente de la inflexión que introduce Sartre con respecto a su producción anterior. En esta sección, se ataca la cuestión, analizándola, del marxismo sociopolítico que Sartre desarrolla en una singular “sintonía” con las tesis de Marx, para proceder, rápidamente, a un rechazo rotundo de los fundamentos ontológicos y críticos del marxismo, al enfrentarse al materialismo dialéctico, lo cual se lleva a cabo de una forma que no puede ser más explícita, a pesar de que ahora, frente a los desarrollos fenomenológicos previos, Sartre se muestre como integrante de una corriente dialéctica, cuyos elementos e ingredientes principales va desgranando a lo largo de la obra. A la par, en este ensayo que estamos comentando, la autora procede a examinar el concepto sartreano de dialéctica, enfrentándolo con los textos de Hegel, al que somete para alcanzar su propia idea a una singular “deconstrucción”. Por eso la dialéctica sartreana, sigue siendo más idealista de lo que pudiera parecer, y en el fondo, deudora de su origen, tal como se desprende del sentido que se atribuye en uno y otro autor a los conceptos de “síntesis” y totalidad”.

En el capítulo final del libro, por fin, se aborda el problema de la “fundamentación de la dialéctica histórica”, viendo en “qué consiste y con qué instrumentos se lleva a cabo” (p. 17). Se cumplen entonces los pronósticos que ya se habían hecho con respecto al tema central, y que vamos a exponer con sus propias palabras: “ El rechazo del materialismo dialéctico como fundamento de la dialéctica histórica inspira la *C.r.d.* de Sartre; el nuevo fundamento que ofrece ahora es su propia teoría, ampliada en algunos aspectos, pero cuyas semejanzas con las estructuras del “Para-sí” en “*El ser y la nada*” son manifiestas. Esta parte...pretende poner de manifiesto con la mayor nitidez posible las equivalencias entre las estructuras elementales de la praxis y los tipos y modos de ser que sostienen el entramado de su ontología fenomenológica. Así, se somete a nueva interpretación su afirmación de que se vio forzado a “pensar contra sí mismo”. (*Ibid.*)

Aun cuando esta reseña pudiera parecer excesivamente larga, no podemos terminarla sin pasar repaso a las conclusiones generales del libro que son, por otro lado, las que nos ofrecen mejor que cualquier otro elemento, la perspectiva para entender sus intenciones y sus logros. Y así, la propia autora deja claro, después de más de doscientas páginas de argumentación muy precisa, que no es posible mirar la obra filosófica de J.P.Sartre si no es con una mirada unitaria dejando brillar la coherencia que siempre tuvo desde principio a fin, aunque sin dejar de reconocer el profundo “hiato”, o mejor, desfase, que siempre hubo entre la vida y la obra del autor. Pero, yendo ya

a cuestiones más concretas, resulta obligado poner de relieve otros aspectos que no deben quedar en el olvido, ni relegados en esta ocasión. Y en primer lugar, encontramos la referencia que la autora del libro hace a la noción de “intencionalidad” a la que J.P.Sartre otorga un estatuto ontológico, yendo ya desde el principio mucho más lejos que E. Husserl, y a la que se va a aferrar con uñas y dientes. Pues bien, esta noción a pesar de lo que pudiera parecer no puede llegar a justificar ningún tipo de realismo ya sea estético o sea sensorceptual, debiendo tener que reconocer que no puede ser entendido como un “exponente de una concepción realista”(p. 236). El realismo tal como se señala en el libro no puede ser postulado exclusivamente desde la idea de que la conciencia no añade ni quita nunca nada al ser. Todo lo contrario aún contando con esta convicción puede seguirse hablando de idealismo, que es lo que propiamente ocurre en el caso Sartre. Y de esta forma, nos colocamos de bruces en el núcleo esencial de la tesis conclusiva del libro, con la que se cierra unas magníficas páginas y una profunda interpretación de un tema que pocas veces ha llegado a un estado de exposición tan clarividentes.

José Luis Arce Carrascoso
Universidad de Barcelona.

NORMATIVA PARA LA COLABORACIÓN EN «CONVIVIUM»

A) *Normas generales sobre los trabajos, su recepción y publicación:*

1. CONVIVIUM publicará tres tipos de trabajos: «estudios», «notas o discusiones» y «reseñas». Éstos podrán estar escritos en cualquiera de las lenguas latinas, en inglés o en alemán.
2. Los autores de las colaboraciones deberán enviar a la redacción de la Revista -o a cualquiera de los miembros de su Comité de Redacción- dos copias de su trabajo escrito pulcramente a máquina en hojas de tamaño DIN-A 4 por una sola cara, con buen margen, con interlineación a doble espacio, y de una extensión que no sobrepase, en general, las 35 páginas (o sea, alrededor de las 14.000 palabras si la redacción es en castellano); además, grabado en un disquete; sistemas: Word 95 o posteriores.
3. Cuando el trabajo sea del tipo «estudio», el autor incluirá un resumen del mismo que no exceda de las 150 palabras y que se publicará precediendo al cuerpo del artículo.
- 4- Junto con las 2 copias del original de su trabajo, los autores enviarán a la Redacción los datos relativos a sus titulaciones académicas, cargos y docencia -si los hubiere-, dirección actual y n.º de teléfono.
5. En cuanto obre en su poder un trabajo, la Redacción notificará a su autor la recepción del mismo.
6. Los originales recibidos no serán devueltos, pero la Redacción se reserva el derecho de aceptarlos o no en orden a su efectiva publicación según su conveniencia y oportunidad para cada número de la Revista. Con este fin, al recibir cada trabajo, la Redacción encargará a dos lectores o revisores cualificados e independientes que enjuicien los méritos del mismo.
7. En el caso que, cumplidos los anteriores requisitos, un trabajo vaya a formar parte de uno de los números de la Revista, la Redacción notificará a su autor la fecha previsible de su publicación.
8. La Redacción no se solidarizará en ningún caso con las opiniones expuestas en los trabajos que en la Revista se publiquen, y sobre este particular no mantendrá correspondencia de ningún género.
9. Los autores recibirán gratuitamente 20 separatas de los trabajos del tipo estudio, 10 de las notas o discusiones y 5 de las reseñas.

B) *Normas específicas sobre presentación de originales*

10. Para una mayor claridad expositiva, se aconseja el uso de suficientes divisiones y apartados en el texto.

11. Para las citas muy largas que se incluyan en el texto se aconseja emplear párrafos en letra pequeña, particularidad que se indicará para la imprenta poniendo una línea vertical, a lo largo de toda la extensión de la cita, en el margen izquierdo.
12. Toda abreviatura, así como toda referencia textual o bibliográfica, deberá figurar como nota al pie de página.
13. En el caso de texto o términos griegos, estos habrán de ir trasliterados según los convencionales al uso.
14. Las llamadas a las notas a pie de página se escribirán en el texto del cuerpo del trabajo con sucesivos números volados y sin paréntesis. El contenido de las notas a que tales números remitirán se dará a la Redacción en páginas especiales que vayan al final de cada trabajo, procurando que su numeración corresponda exactamente con la de las respectivas llamadas.
15. En las notas a pie de página, las citas deberán ser completas y exactas; se las redactará del siguiente modo:
 - Para libros: Apellido(s) del autor, iniciales de su nombre, título del libro *subrayado*, lugar de la edición, editorial, año de la edición, página o páginas citadas.
 - Para citar artículos de revista: Apellido(s) del autor, iniciales de su nombre, título entre comillas del artículo, nombre de la revista *subrayado*, número del volumen, año entre paréntesis, paginación del artículo o número(s) de la(s) concretamente citada(s).
16. Se usarán las comillas para citas de textos -cualquiera que sea el idioma en que se hagan- y para los términos empleados en sentido poco frecuente o con intención especial. La letra cursiva, que se indicará para la imprenta mediante subrayado, se reservará para destacar dentro del texto determinadas palabras o frases y también vocablos extranjeros.
17. Las listas bibliográficas que se juzgue preciso o conveniente adjuntar irán ordenadas alfabéticamente por autores y, si es posible, repartidas en secciones según los temas o materias.
18. Las instrucciones especiales para el impresor deberán encerrarse en círculos puestos al margen, a ser posible con una grafía que se destaque por su color.
19. Los originales que no se ajusten del todo a estas normas, supuesto que la Redacción los estime publicables, quedarán expuestos a graves retrasos de publicación; pero, si se le pide al autor que los enmiende conforme a estas normas, no será sobre los ya enviados por él, sino que la Redacción habrá de recibir nuevo ejemplar doble del original así enmendado, La Redacción sólo mantendrá correo de ida y vuelta para las pruebas de imprenta, no para que se corrijan originales defectuosos según los presentes requisitos.
20. Cfr. *supra*: 2) acerca del envío en soporte informática: Word 95 o ss.